[Publicado previamente en: *La Ilustración Española y Americana* (*Museo Universal. Periódico de Ciencias, Arte, Literatura, Industria y conocimientos útiles*), año 16, n.º 4, 24 de enero de 1872, pág. 51. Versión digital con la paginación original].
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El collar de oro de Mellid.

Aureliano Fernández-Guerra y Orbe

[-51→]

LAS VOCES TORQUES Y TORCE. MILITARES PREMIOS DE EGIPCIOS, GRIEGOS Y ROMANOS

Al adorno del cuello que hoy muy propiamente llamamos collar, dijeron *torques* los latinos, por ser de metal retorcido los primeros collares.

En el renacimiento greco-romano del siglo XVI pudo muy bien el docto arzobispo de Tarragona, don Antonio Agustín usar el vocablo latino, escribiendo: "las *torques*, como cadenas ó argollas de oro» y traducir de este modo a Virgilio el diligente Gregorio Hernández de Velasco:

Le pende atados por el pecho abajo
una cadena de oro en torces vuelto

Nombróse en aquel tiempo la *torce* a la vuelta ó eslabón de alguna cadena o collar, y también al collar mismo; pero al instante los vocablos *las torces* y *las torques* fueron perdiendo su uso entre los sabios latinistas, y aun entre los mismos afectados gongorinos, por tener el castellano otra voz más exacta, sonora y significativa.

Paréceme, pues, que no andarían acertados nuestros anticuarios si con pretexto de ciencia quisieran renovar la voz latina, pues siempre fue locura dejar la mujer propia, honrada y hermosísima, por la ajena, fea y arlequinada; y cuando no se debe reducir a corto número de personas el gustar de lo bello y de lo fácil. Hay que ser parcos en el tecnicismo; y recordar cómo se burló Quevedo de los que deseaban pasar por científicos llamando *petroselinum, pastinaca, tragoriganum* y *leontopetalon* al perejil, zanahorias, orégano y coles; y cómo se mostró cruel con el doctor León, en Alcalá, fray Dionisio Vázquez, sosteniendo ser propio en su tiempo el oscurecer lo claro, de cuantos en muchas cosas no sabían nada, en algunas poco, y en esas erraban mucho.

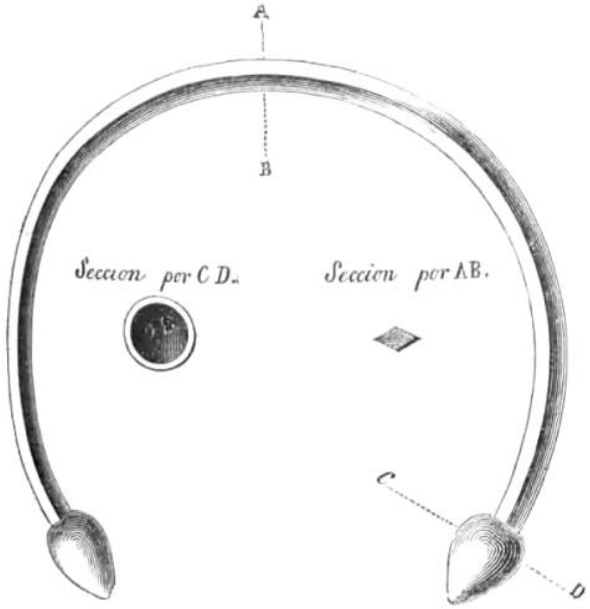
Admitamos en buen hora los nombres griegos y latinos expresivos de cosas que no le tienen adecuado en nuestra lengua. Digamos *clámide, toga, peplo. lituo,* porque no hay otro modo de señalar tales objetos; pero al collar, ¿por qué no llamarle collar? El error subiría de punto si hoy quisiéramos cambiar el sexo, haciéndola masculina, á la palabra *torques* , femenina en latín, y como femenina usada por nuestros mayores hace tres siglos. Pero basta de gramatiquerías.

Collar de oro y no otra cosa digo al lindísimo collar que en Febrero de 1869 adquirió la Real Academia de la Historia, y sobre el cual tuve entonces la honra de manifestarle mi parecer. Se halló á siete kilómetros de la villa de Mellid, parroquia de Santiago de Jubial, partido judicial de Arzúa, provincia de la Coruña, sitio que llaman el *Campo de la Matanza.* De oro muy puro, con peso de seis onzas, una ochava y diez y ocho gramos, su aro es de sección cuadrangular, y termina con sendas bellotas huecas sin ninguna labor. De la una a la otra resulta interrumpido el aro por un espacio a propósito

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

para que se pudiera adaptar al cuello el collar la persona que llevó este distintivo honroso de algún hecho de armas.

Pocos años hacía que en el partido judicial de Carballo apareció otro igual, aunque falto de uno de los remates; y se discurrió entonces largamente sobre si tales alhajas podrían o no ser de los normandos, o de tiempos antehistóricos, y a qué matanza aludiría el campo referido. A mí me parece el collar más antiguo que las correrías de los normandos, y muchísimo menos que las primitivas sociedades.



Collar de oro de Mellid (*torques aurea*) hecho exactamente a la mitad del tamaño original

En siglos remotos se usaron las medallas, brazaletes y collares como premio de bélicas proezas, sirviendo aquellos signos para levantar sobre el vulgo a hombres singularísimos, valientes y hazañosos. La Biblia, y juntamente los monumentos egipcios, nos brindan a una con insigne prueba de ello, que ya cuenta nada menos que treinta y siete siglos de antigüedad.

Leemos en el Génesis, cómo alcanzando el patriarca José la privanza con Faraón, 1715 años antes de la era cristiana, al hacerle éste su ministro y valido, se quitó de la mano el anillo real y lo puso en la del patriarca, le vistió una ropa de finísimo lino, y le echó al cuello un collar de oro, *torques aurea,* que dice el sagrado texto. Durante doce siglos, desde el XVIII al VI, menciona la Biblia tales honrosos distintivos en la edad de los patriarcas y de los jueces, en la de Salomón y en tiempos de Isaías, Ezequiel y Daniel.

Veamos qué nos dicen los monumentos epigráficos.

Lo mismo: que entre los egipcios un collar de oro, recibido de las propias manos del monarca, delante de todo el ejército, era envidiable recompensa del valor; y que del collar pendía el simulacro de un león, cual nos le diseñan varias esculturas antiquísimas, o el de la abeja, que en la escritura jeroglífica significa la dignidad real. Ofrécenos irrefragable testimonio de ello (contemporáneo al patriarca José) la célebre inscripción de El-Kat, interpretada por Mr. de Rougé y transcrita por el doctor Brugsch en su *Historia del Egipto,* siglo XVIII antes de nuestra era, donde se lee que Aahmés, cabo de los nadadores, ganó peleando en el agua el collar de oro y la distinción de oir elogios honoríficos en los labios del rey.

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los persas llevaban retorcidos collares de oro, muy grandes y gruesos, figurando en el guerrero del célebre mosaico de Pompeya dos serpientes que se van a morder.

Muchas y muy varias fueron las recompensas que daba Roma al ardimiento militar, por lo común tomándolas de las que usaban los pueblos por ella subyugados, y dejándose, como en todo, arrastrar del espíritu de asimilación.

Aceptó por bandera el *águila* oriental, que afirma Quinto Curcio fue la enseña de Darío. Multiplicó las clases de *coronas*, siguiendo el uso ateniense, al decir de Valerio Máximo. De los sabinos copió los *brazaletes*; y asimismo el cetro o pica sin hierro [*hasta pura*], atributo de Marte. A los españoles debió la *lanza,* según Varrón, denominada así por la ciudad de *Lancia*, en los astures; y les debió juntamente la *espada* corta, ya recta, ya falcada, como asegura Polibio. La insignia que se llamó *phalerae,* nombre usado siempre en plural, especie de venera o medalla con la cabeza de una deidad, o un mascarón, o una escultura de asunto mitológico, venía de los griegos, entre los cuales vemos que Homero, Esquilo y Sófocles dicen φάλερα a los adornos de los cascos. Esta voz se limitó luego a expresar los medallones con que se adornaba la frente de los caballos y la correa que descendía sobre el petral. Pero constantemente para los griegos las *faleras* se estimaban objetos de puro lujo, sin la determinada significación que tuvieron entre los romanos.

Cuando Roma, dejando su primitiva rudeza, tomó de la Etruria las artes suntuarias, entonces apareció el boato de las sillas curules, de los haces de varas atados, con un hacha en medio, que llevaban al hombro los lictores; de los anillos de oro, de las faleras, collares y aparatos de triunfo, como aliciente importantísimo para las grandes empresas. Entonces se fijó la atención de los repúblicos en discurrir medios que alentasen el esfuerzo y halagasen la vanidad humana.

Dos clases de *premios militares* se establecieron entonces, a saber: *mayores* y *menores.* Aquéllos, para los capitanes de ejércitos, legados consulares, legados pretorios de las legiones, tribunos y prefectos; los menores para centuriones y oficiales subalternos. Eran *premios mayores* las coronas murales, áureas, navales, y de primero en forzar la trinchera (*vallaris*), el cetro o *hasta pura,* y la bandera (*vexillum*). *Menores* los collares, brazaletes, faleras, y en muy señaladas circunstancias las coronas. Sin embargo, tribunos y prefectos alguna vez obtuvieron por premio brazaletes y collares.

De recompensas tales solían a veces tomar apodo acapitanes bizarrísimos. Tito Manlio, 350 años antes de la era cristiana, habíase apellidado Torquato y hecho famoso en la historia, quitando a furibundo galo su ensangrentado collar (*torques*) y poniéndoselo al cuello.

Admirase Aulo Gelio, en sus *Noches Áticas,* de la multitud de premios que obtuvo Sicinio Dentato: nada menos que ocho coronas de oro, y una obsidional, y tres murales, y catorce cívicas; por ochenta y tres veces ganó *collares*; brazaletes, por más de ciento sesenta; lanzas y faleras, en más de veinte ocasiones.

Los romanos que recibían por premio de su valor dos o tres retorcidos collares y cinco o seis faleras, colocábanlos sobre el pecho, simétricamente y desde los hombros: algo parecido a lo que hacen hoy nuestros soldados con las cruces, medallas y cintas obtenidas por acciones de guerra.

Novio, Livio, Propercio, Estacio, Silio y Juvenal, cuentan les collares de oro y las faleras entre los mejores adornos de valentísimos soldados; y Cornelio Tácito, en el segundo libro de sus *Historias*, se goza contemplando a Vitelio vencedor sobre fogoso caballo, seguido de infinitas legiones y cohortes por el puente Milvio. donde las galas de

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

los soldados, las faleras y collares de oro, centelleaban a los rayos del sol haciendo famosa vista.

Dionisio de Halicarnaso, al describir las alhajas de Sicio, procura notar así la diferencia entre el collar y la falera: «Los collares (*torques*) son anulares y *retorcidos*; las faleras, anchas y planas. Aquéllos rodean el cuello, se ajustan a él y permanecen fijos; las faleras caen suspendidas sobre el pecho y se agitan a cualquier movimiento del soldado. Los collares se labran de oro purísimo; las faleras no tienen de oro sino los clavos que las sujetan a la coraza.»

Augusto premió a un veterano de Accio con faleras, brazaletes y collares; y Suetonio hace reparar que este emperador, pródigo de insignias de valor intrínseco, fue muy avaro en otorgar coronas de laurel, estimándolas inmensamente superiores a toda material riqueza.

Desde los tiempos de Septimio Severo y Caracalla desaparece como recompensa militar la importancia de los collares en forma de aro elegante y sencillo; y los reemplazan medallones de grandísimo precio, unidos unos a otros a manera de toisón, donde lo principal vienen a ser la materia y el arte. En aquella hora acotan por suyo las mujeres tan rico y vistoso ornato, y desvirtúan la significación del premio. Pero como extremasen el hacer ostentación de tales faleras en cuello y vestidos, nació el burlesco apodo de *mujer falerada* a la ridiculamente oprimida de moños, adornos y preseas. Ya en el siglo de los Escipiones calificó Terencio de *phalerata dicta* las palabras hinchadas, ostentosas y vanas.

En resolución, una de las militares condecoraciones más prodigadas desde los tiempos de Augusto a los de Septimio Severo fue el collar de oro en forma de cerco elegante y sencillo.

El que posee la Real Academia de la Historia, ¡ii tiene la bárbara rudeza de los monumentos prehistóricos, ni el desaliño y aspecto de los fabricados en tiempo de la República libre. Hacíanse entonces redondos, de extraordinario grueso; pulimentábanse toscamente, ostentaban labores a punzón, de más o menos depurado gusto, como he tenido la suerte de ver en algunos muy preciosos, encontrados no lejos de la ciudad de Vitoria.

El collar de oro de Mellid , así por la delicadeza y gallardía del aro, de sección cuadrangular, como por lo hueco de la bellota y la elegancia de su perfil, ha de referirse muy aproximadamente a los tiempos de Trajano. Gran número de soldados españoles militaron por aquellos días al frente de los ejércitos, desde el Támesis al Danubio, y dejaron en infinitos monumentos sepulcrales eterna memoria de sus hazañas. No pocos de estos valientes debieron querer, al morir en su patria, que no se apartasen de sus mortales restos los collares, faleras y coronas, premio de su valor: riquezas que, por el sumo respeto a la ley, no había temor entonces de que la avaricia insensata las arrancase del sepulcro.

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia